La batalla del Marne

La última campaña del siglo XIX en Occidente

ISMAEL LÓPEZ DOMÍNGUEZ

tripa_LA_BATALLA_DEL_MARNE.indd 5 02.02.22 17:46

A mis abuelos: Magdalena, Cipriano,
Fabri y Ángel «Se vende»

tripa_LA_BATALLA_DEL_MARNE.indd 6 02.02.22 17:46

ÍNDICE

Prólogo 9

A modo de introducción 11

Abeviaturas 15

Parte I: El camino al Marne 17
Capítulo 1. Ejércitos y tecnología 19
Capítulo 2. La batalla de las fronteras 59
Capítulo 3. El avance alemán hacia París 93
Capítulo 4. San Quintín y el giro de Kluck 129
Capítulo 5. Y al fin, el Marne 161

Parte II: La batalla del Marne 199
Capítulo 6. Muerte en el río Ourcq 201
Capítulo 7. La brecha: la batalla de los dos Morins 235
Capítulo 8. Las marismas de Saint-Gond 273
Capítulo 9. El este: Vitry-le-François y Verdún 309
Capítulo 10. Persecución y estabilización, el precio de la victoria 337
Capítulo 11. El Marne, un lugar en la memoria 369

Conclusiones 387

Anexos 391

Bibliografía 403

tripa_LA_BATALLA_DEL_MARNE.indd 8 02.02.22 17:46

Prólogo

LA HISTORIA DE LA GUERRA DESDE ABAJO

La historia de la guerra es un relato de continuidades. Los conflictos solo pueden entenderse en un contexto global y desde una amplia perspectiva que, además de abarcar el marco cronológico en el que se desarrollan, sea capaz de trazar un vasto paisaje —social, cultural o económico— que los entronque con sus predecesores. La Primera Guerra Mundial es un evidente ejemplo de esto. ¿Cómo podríamos entender lo que ocurrió en el periodo 1914-1918 si no observamos con detenimiento la política y el desarrollo económico, industrial y cultural de las sociedades contemporáneas durante la segunda mitad del siglo XIX?

En este sentido, la Guerra Franco-Prusiana de 1870-1871 fue el principal acontecimiento sobre el que se cimentaron los conflictos sucesivos. La ambición de Prusia por modificar el *statu quo* imperante, surgido de la Europa post napoleónica, reabrió viejas heridas en una Europa que había vivido en guerra permanente desde tiempos inmemoriales. La *Weltpolitik* implementada por Alemania, alentada en el plano militar por las victorias sobre estados del entorno como Dinamarca en 1864, Austria en 1866 o, más tarde, en 1870, Francia, unida a las políticas nacionalistas trazadas y asumidas por Treitschke, Bülow o el propio Káiser, colocaron a la Alemania nacida en 1871 en una situación de preponderancia total en el continente. Sin embargo, este nuevo estatus planteaba una disyuntiva a las élites políticas alemanas de cara al futuro: el Segundo Reich podía posicionarse, a partir de ese momento, como el eje fundamental alrededor del cual pivotaran el resto de estados e imperios existentes, asumiendo el liderazgo no solo militar, sino también político, económico y cultural, e influyendo decisiva y positivamente en el futuro de Europa, o bien, podía establecerse como el enemigo común contra el que el resto de potencias deberían unirse a medio plazo. El devenir de los acontecimientos en las sucesivas décadas y las ambiciones territoriales de los contendientes, dibujaron, irremediablemente, una guerra a gran escala que marcaría para siempre la Europa del siglo XX.

Si el siglo XIX se caracterizó por batallas cortas, dinámicas y de gran movilidad —todo entendido desde la óptica del tiempo en el que se desarrollaron— la Primera Guerra Mundial planteó un fenómeno novedoso al respecto que definiría la doctrina militar hasta 1939. Si bien los prusianos lograron una victoria definitiva sobre Francia en Sedán durante los

tripa_LA_BATALLA_DEL_MARNE.indd 9 02.02.22 17:46

dos primeros días de septiembre de 1870, las batallas de la Gran Guerra en el Frente Occidental, como el Somme, Ypres, Flandes o Verdún, revelaron una manera muy diferente de combatir. La nueva forma de hacer la guerra se basó en el mantenimiento de las líneas, la consolidación de posiciones, y los puntos de esfuerzo se realizaban por avanzar, en ocasiones, unos cientos de metros. Aunque todas las formas de guerra son miserables, la que aconteció en los campos franceses entre 1914 y 1918 fue excepcionalmente penosa, con miles de soldados imbuidos en combates extremos cuerpo a cuerpo o expuestos al fuego de ametralladora y artillería con un desprecio total hacia sus vidas. La cotidianeidad en el frente era igualmente dramática, y la moral de la retaguardia, machacada por el elevado número de bajas y la destrucción generalizada del paisaje, era inexistente.

Entre todas las batallas de la Gran Guerra hay una que, proporcionalmente, ha ocupado menos páginas en la bibliografía sobre el conflicto. Y, tal y como es definida por el autor de este ensayo, es posible que se trate de la última campaña desarrollada en parámetros decimonónicos. La batalla del Marne fue la primera gran batalla de la guerra. Por un lado, los alemanes lograron llegar casi hasta la misma París, en lo que parecía perfilarse como un nuevo desfile por sus bulevares como al que pudieron asistir los parisinos en 1871. Por otro lado, también había puesto de manifiesto la fortaleza de los aliados para resistir y contrarrestar el poder de empuje enemigo para, de esta manera, desactivar las opciones de una victoria decisiva y rápida de los alemanes. El Marne dejó patente que Europa estaba abocada a una guerra muy larga y costosa en todos los sentidos. Y esto es lo que Ismael López traza con agudeza y habilidad: la historia de los primeros compases de la Primera Guerra Mundial en el Frente Occidental.

Hace unos años escribía que la historia de la guerra debe entenderse como una ciencia social multidisciplinar que no solo aglutine el estudio de los hechos bélicos, sino que profundice y combine otras disciplinas que tienen una estrecha vinculación con ella como, por ejemplo, la economía, la psicología la geopolítica o la arqueología. En este sentido, el ensayo que el lector tiene entre sus manos cumple muchos de estos objetivos ya que no solo ofrece una panorámica general de las operaciones militares, sino que también invita al lector a aproximarse a las líneas maestras que componen lo que muchos creemos que debe ser la historia militar. De este modo, destellos de las distintas disciplinas humanísticas se abre paso entre los movimientos de los diferentes ejércitos trazando un relato nutrido por los testimonios de aquellos que libraban las batallas en el barro de la trinchera.

La historia de la guerra no puede entenderse en clave de heroísmos ni tampoco de forma romántica. La guerra es destrucción, miseria, tristeza y miedo, y eso es lo que la mayoría de los combatientes siente en el campo de batalla. La historiografía está cambiando y, parafraseando el título de una obra de Michael Jones, ahora se preocupa por mostrar el «el trasfondo humano de la guerra». Es ahí hacia dónde, a mi juicio, debe dirigirse la nueva historia militar. Este libro es una buena muestra de ello: la guerra desde abajo.

Félix Gil
Madrid, enero de 2022

tripa_LA_BATALLA_DEL_MARNE.indd 10 02.02.22 17:46

A modo de introducción

La Primera Guerra Mundial (1914-18), luchada hace un siglo, continúa siendo origen y causa del mundo en el que vivimos en la actualidad. La conocida entonces como *Guerra del 14* dio el pistoletazo de salida a toda una serie de conflictos sociales que se convirtieron a su vez en nuevas guerras luchadas a lo largo y ancho de todo el globo. La contienda desatada en los meses estivales provocaría todo un choque cultural e ideológico al dejar atrás la herencia decimonónica, adentrándose pueblos y naciones en el tumultuoso siglo XX. Enormes obuses, trincheras y millones de muertos serían las características de este enfrentamiento que marcaría a toda una generación que nunca sería capaz de olvidar el horror vivido en esos cuatro años de combates.

A más de cien años vista, la Primera Guerra Mundial ha sido estudiada desde todas las ópticas habidas y por haber. Investigaciones centradas no solo en el aspecto bélico de la campaña, también en cuestiones humanas, políticas y económicas. Junto a la Segunda Guerra Mundial (1939-45), de la que es causa directa, es uno de los hechos de la Historia de la Humanidad que más material cultural ha creado. El gran número de publicaciones –ya sea en papel o por medios digitales– busca encontrar la esencia pura de la guerra para responder a las grandes preguntas que surgieron entonces y que han continuado hoy. Unas preguntas cuya respuesta nos sitúa en la delgada línea entre lo real y lo ficticio y que a veces cuesta definir. Entre todo este conjunto de interrogantes que se abren destaca uno acerca de los hechos iniciales de la contienda: ¿qué hubiera pasado si los alemanes hubieran ganado en el Marne?

La batalla del Marne (5-13 septiembre de 1914) ocupa en casi todos los estudios generales del conflicto unas pocas hojas, a veces una breve mención. A pesar de ello, se reconoce su importancia cuando en ocasiones se afirma que allí se zanjó el destino de la guerra, al evitar la conquista de París. Asimismo, el Marne envió a todo Occidente a un nuevo tipo de lucha donde los soldados mataban y morían sumergidos en un lodo lleno de desperdicios de todo tipo. La batalla marcó un hito histórico por dos razones. La primera es que se la elevó al rango de milagro, por haber podido detener a los invencibles alemanes en el último momento. La segunda es que la batalla se identificó como el enfrentamiento que dio al traste con la guerra de movimientos de legado napoleónico.

tripa_LA_BATALLA_DEL_MARNE.indd 11 02.02.22 17:46

En su día, los propios combatientes y comandantes participantes en la lucha intentaron responder a la pregunta antes hecha y a otras incógnitas parecidas. En el largo y sangriento siglo XX hubo tiempo para que algunos autores volvieran a preguntárselo y, en los tiempos actuales, diversos historiadores continúan dando vueltas al asunto. Con tales peculiaridades, es normal que la campaña veraniega de 1914 atraiga a un nutrido número de personas. El Marne fue, al fin y al cabo, el punto culminante de las operaciones iniciales en el oeste. Una batalla que se luchó desde los bulevares de París, pasando por las gigantescas ciénagas de Saint-Gond y terminando en los profundos bosques en el Argonne, donde «discurren estrechos arroyuelos a los que nunca han llegado los destellos de la luz solar». Un total de 250 kilómetros en línea recta que albergaron a más de dos millones de hombres de dos de los ejércitos más grandes del planeta.

Aunque en los días actuales el Marne solo ocupe pequeñas menciones, las publicaciones en los tres países contendientes (Francia, Alemania y Reino Unido) abundaron desde 1915. Ese año marcó la creación de una memoria oficial y colectiva en torno a la batalla que se extendió por Europa y saltó el Atlántico. Preocupados por no olvidar la gesta ni a los que la lucharon, el volumen de datos disponible es formidable. Pese a esto, en España la información sigue siendo parcial o muy general. La neutralidad de esta en la guerra dio la sensación de que los hechos vividos en Europa eran lejanos y poco tenían que ver con el país ibérico. La cultura digital alrededor de la Segunda Guerra Mundial hizo el resto al aplastar cualquier tema que se salga de estas líneas, exceptuando la Guerra Civil Española (1936-39).

Es en ese punto donde entra el presente trabajo que está ahora en sus manos. Se pretende aportar al público de habla española de todo el mundo una historia lo más completa posible de los sucesos –a nivel militar– que ocurrieron en Francia en agosto-septiembre de 1914. El lector no encontrará aquí solamente una relación de armas y combates, podrá conocer otros aspectos que rodearon el Marne como los debates políticos, las conversaciones y pensamientos de los protagonistas, las vivencias de los soldados ante el letal armamento moderno y el constante sufrimiento de la población al ver sus comunidades rotas por la tormenta de fuego industrial. De igual manera, se ponen en relevancia las discusiones historiográficas de ese grupo de autores antes aludido. Se ha hecho un esfuerzo por contrastar opiniones y afirmaciones de todo el conjunto. Además, se ha intentado no responder a unas preguntas que jamás tendrán una respuesta definitiva, sino aportar algo de luz a algunos acontecimientos difusos y llenos de mitos. En las páginas consiguientes, memorias y testimonios cobrarán fuerza para explicar una campaña que supuso la última batalla del siglo XIX. Se leerá sobre un Marne combatido y vivido por las personas que allí se encontraban, alejado por tanto de los relatos tradicionales donde aparecen soldados autómatas en campos libres de inocentes.

La obra ha sido estructurada en dos grandes partes. Una, compuesta de cinco capítulos, centrada en los hechos que precedieron al Marne: desde la conquista de Mulhouse hasta las conversaciones que llevaron a la contraofensiva franco-británica el 4 y 5 de septiembre. La segunda y central, con seis capítulos, narra de manera detallada la batalla dividida en sectores: Ourcq, dos Morins, marismas de Saint-Gond y Vitry-le-François-Verdún. El penúltimo apartado se centra en la persecución aliada y la retirada alemana,

tripa_LA_BATALLA_DEL_MARNE.indd 12 02.02.22 17:46

así como una relación de las consecuencias. El capítulo final estudia el efecto que tuvo la «gran batalla» de septiembre a nivel cultural y memorial, incluyendo un pequeño análisis de la prensa española frente a la batalla

Que este libro se haya escrito es, en última instancia, gracias a una larga serie de personas a las que es inevitable mencionar. A mis padres y mi hermano, quienes, por mucha guerra que haya dado desde pequeño, nunca han dejado de apoyar mis decisiones dándome lo mejor de ellos. A mis maestros y profesores de la educación pública que me introdujeron en esto de la Historia, con especial mención a Jesús Cano de la Iglesia. A mi queridísima Celia, junto a su familia, que no han dejado de darme ánimos y buenas ideas para continuar con este proyecto, así como por su infinita ayuda. A Esteban, Javi y Andrea Villegas, amiga y correctora del manuscrito original. A todos los compañeros de la web *Archivos de la Historia* que han aportado su granito de arena al texto con datos o interesantes debates. A Sara García, Adrián de Blas y Manuel de Moya por su ayuda con el alemán, y a Jaime Marín por su contribución con el ruso.

Debo mencionar de igual forma a los compañeros de la editorial HRM Ediciones: Ignacio, José Antonio, Víctor y Martín, que me brindaron todos los recursos y su amabilidad para que este libro haya sido publicado. A los archiveros de la Hemeroteca Digital, Biblioteca Nacional de Francia y de la Biblioteca Estatal Digital de la Alta Austria. Es indudable que gracias a su trabajo este libro ha visto la luz. A los amigos del *Musée de la Grande Guerre* de Meaux por su labor y por la cesión de la imagen que ilustra la portada, imagen que Rocío García mejoró en calidad con sus dotes fotográficas. A Juan Pablo Lasterra por sus interesantes conversaciones. A Félix Gil por prestarse a escribir el prólogo a este autor novel y al ilustrador André Jouineau, quien no dudó en aceptar el encargo de ilustrar este libro con sus exquisitos perfiles.

Por último, y no menos importante, a Valdeobispo y su gente, los «esparragueros», a quienes tengo siempre presentes disfrutando de las romerías y dándole vivas a San Roque.

No me queda ya más que decir, aparte de esperar que el lector disfrute del libro tanto como yo he disfrutado escribiéndolo. Por supuesto, cualquier error en la obra es solo mío.

Alcalá de Henares, 5 de noviembre de 2021

tripa_LA_BATALLA_DEL_MARNE.indd 13 02.02.22 17:46

tripa_LA_BATALLA_DEL_MARNE.indd 14 02.02.22 17:46

Abreviaturas

AK	Armee-Korps
BCA	Batallón de Chasseurs d'Afrique
BCP	Batallón Chasserus à Pied
BCPA	Batallón Chasseurs à Pied Alpins
BJ	Batallón Jäger
BJR	Batallón Jäger Reserva
DC	División Caballería
DCG	División de Caballería Guardia
DI	División Infantería
DIC	División de Infantería Colonial
DG	División de la Guardia
DGR	División de la Guardia Reserva
DM	División Marroquí
DR	División Reserva
DT	División Territorial
GDR	Grupo Divisiones de Reserva
GHQ	General Headquarters
GQG	Grand Quartier General
HKK	Höhere Kavallerie-Kommando
OHL	Oberste Heeresleitun
RA	Regimiento Artillería
RAC	Regimiento Artillería Campaña
RC	Regimiento Coraceros
RCG	Regimiento Coraceros Guardia
RCR	Regimiento de Cuerpo de la Guardia
RCh	Regimiento de Chasseurs à Cheval
RD	Regimiento Dragones
RDG	Regimiento Dragones de la Guardia
RG	Regimiento de la Guardia
RF	Regimiento Fusileros
RGr	Regimiento Granaderos
RGr-Leib	Regimiento Granaderos de la Guardia
RGG	Regimiento Granaderos de la Guardia
RGR	Regimiento de la Guardia Reserva
RH	Regimiento Húsares
RI	Regimiento Infantería
RIR	Regimiento Infantería Reserva
RJC	Regimiento Jäger a Caballo
RL	Regimiento Lanceros
RMZ	Regimiento de Marcha de Zuavos
RMT	Regimiento de Marcha de Tirailleurs
RRGr	Regimiento Reserva Granaderos
RT	Regimiento Tiraillerurs
RU	Regimiento Ulanos
RUG	Regimiento Ulanos de la Guardia
RZ	Regimiento Zuavos

tripa_LA_BATALLA_DEL_MARNE.indd 15 02.02.22 17:46

tripa_LA_BATALLA_DEL_MARNE.indd 16 02.02.22 17:46

PARTE I

EL CAMINO AL MARNE

«En este lugar y en este día nace una nueva era en la historia del mundo y vosotros podréis decir que estuvisteis presentes»

- Wolfgang von Goethe (1749-1832)

tripa_LA_BATALLA_DEL_MARNE.indd 18 02.02.22 17:46

Capítulo 1. Ejércitos y tecnología

La batalla del Marne se puede encuadrar en la bisagra entre dos modos de hacer la guerra: tradicional e industrial. Por un lado, se aplicaron conceptos y tácticas conocidos en el siglo XIX, como las maniobras a campo abierto y los ataques a la bayoneta. Por otro, los cientos de miles de hombres que formaban los ejércitos utilizaron armas y tecnología nacidas del refinamiento de los procesos industriales a principios del siglo XX; como las ametralladoras, pero también aviones y camiones[1]. La campaña de 1914 aportó estampas como las de los zuavos con sus pantalones bombachos utilizando teléfonos de campaña o caballería equipada con lanza sobrevolada por aeronaves, unos breves ejemplos que muestran bien la decadencia de ese viejo mundo y el nacer de otro nuevo por completo. El Marne fue sin duda alguna la última batalla del siglo XIX, un siglo que se negaba a morir.

LA FIEL INFANTERÍA

La infantería ha sido desde la antigüedad más remota la pieza clave en cualquier fuerza armada. Tanto por su efectividad como por su facilidad de ser movilizada y equipada para cualquier lucha improvisada. En 1914, y debido a un progreso de mejoras sociales, la gran población de todos los países permitía disponer de ejércitos formados por cientos de miles de infantes. La Paz Armada tuvo mucho que ver en ello, pero el resultado ensombreció los logros del reclutamiento que se consiguieron, sin ir más lejos, durante las guerras napoleónicas (1800-1815). Hablamos de millones de individuos que podían ser movilizados de forma permanente en vista de un futuro conflicto militar. A estos millones de hombres en activo se les unirían en caso de guerra otros tantos que taparían huecos y engrosarían nuevas unidades. El Marne sería la última batalla del siglo XIX, pero también el enfrentamiento de mayor tamaño de dicho siglo. Como si de un rito cananeo se tratara, las élites patrias entregarían a *Moloch* a cientos de miles de hijos en una enorme guerra para celebrar el inicio de un nuevo siglo.

1 Véase Anexo 1.

tripa_LA_BATALLA_DEL_MARNE.indd 19 02.02.22 17:46

Para 1914, los infantes de los tres ejércitos contendientes tenían apreciables diferencias nacidas de distintos procesos histórico-militares y políticos. La infantería de la nueva Tercera República de Francia tuvo un parto difícil al nacer de las cenizas del Segundo Imperio. Desde entonces, los sucesivos gobiernos invirtieron en las fuerzas armadas en previsión de una guerra contra el Segundo Reich, una guerra que serviría como revancha por lo sucedido en 1870. La infantería francesa se organizaba en 173 regimientos en activo, formados antes de la guerra, y de un igual número de regimientos de reserva. A estos se les añadían además 145 regimientos territoriales formados por hombres que habían cumplido con sus obligaciones reservistas pero que se encontraban en edad militar[2]. En total, Francia contaba sobre el papel con 491 regimientos. A estos se les unían otra clase de unidades especializadas como los *Chasseurs à Pied*, *alpins* y tropas coloniales (zuavos, tiradores argelinos y senegaleses)[3]. Junto a otras armas, esto se traducía en que Francia disponía de 750.000 soldados encuadrados en tiempos de paz que podían transformarse en 2.944.000 una vez iniciada la pertinente movilización[4]. No obstante, uno de los problemas que tenían las fuerzas galas era una falta acuciante de suboficiales. Para 1913 al ejército le faltaban 6.000 sargentos y 23.000 cabos[5], lo que significaba que las unidades francesas estaban peor encuadradas que las alemanas.

En la literatura militar, la infantería francesa ha llamado la atención de los autores por sus patrones uniformológicos. Los regimientos de línea, reserva y territoriales utilizaban un patrón de colores heredero de las campañas de 1830 en adelante. El uniforme lo conformaban un quepí de color rojo M1884 con el número indicativo del regimiento al que pertenecía el soldado, un chaquetón grueso de tonalidad azul oscuro M1877, pantalones rojos *garance* M1867, cartucheras M1888, cinturón M1845, una cantimplora de un litro M1877, y, por último, el calzado lo conformaban las botas M1893/1912. La figura del infante se complementaba con la mochila M1893/1914 a la que iba unida una bolsa M1892[6].

En esta primera parte de la guerra no todos los soldados portaban una pala. La homogenización uniformológica francesa aún no estaba desarrollada de modo eficiente. La diferencia entre el soldado raso y el oficial era más que evidente. Esto producía en batalla una situación arriesgada al atraer los jefes el fuego enemigo. Los suboficiales vestían igual que la tropa, pero los oficiales usaban chaquetas de tonalidad azul claro grisáceo M1913 que les diferenciaba del resto. Como complementos utilizaban el revólver Lebel M1892 y sable M1845 o 1855; a partir de 1890 se hizo reglamentario la utilización de binoculares o *gemelos de campaña*[7]. Imbuidos en la filosofía guerrera francesa, los oficiales no solo dirigían, también encabezaban los asaltos señalando con sus sables el lugar de ataque con frenéticos gritos de «¡En avant ! ¡En Avant !» o «¡Attaque ! ¡Attaque !» en el caso francés.

2 Sumner, 1995, p. 3.

3 Estas tropas utilizaban uniformes diferentes a los de la infantería de línea. Los metropolitanos seguían un mismo patrón, pero con colores sensiblemente diferentes. Las tropas coloniales usaban prendas extravagantes como había sido habitual en la época victoriana.

4 Hart, 2013, p. 67.

5 Strachan, 2001, Vol. 1, p. 228.

6 Jouineau, 2008, p. 14

7 Thomas, 2016, p. 7.

tripa_LA_BATALLA_DEL_MARNE.indd 20 02.02.22 17:46

De todo el conjunto lo que más ha dado que hablar han sido, tradicionalmente, los pantalones, el famoso garance. Imbuidos en el ultranacionalismo de la época, los mandos galos no quisieron saber nada de cambios en el clásico uniforme. Los intentos de Adolphe Messimy, quien luego sería Ministro de Guerra durante el primer mes de conflicto, de introducir una modernización fueron contestadas por el entonces ministro, Eugène Étienne que exclamó: «¿Suprimir los pantalones rojos? ¡Jamás! ¡*Le pantalon rouge c'est la France!*»[8]. De este modo, los soldados franceses llegaron al conflicto con un uniforme en suma anticuado, a pesar de la introducción de medidas paliativas como las fundas azules para los quepís. El uniforme garance se abandonó de forma definitiva el 1 de junio de 1915, cuando las tropas se encontraban uniformadas de manera mayoritaria con el nuevo *Blue horizon* de tonalidad más sobria. Hasta la homogenización del equipamiento, ambos uniformes convivieron dando lugar a patrones y prototipos de lo más variado.

El pantalón rojo fue un elemento icónico de aquellos meses como lo fue en la anterior Guerra Franco-Prusiana (1870-71). Los soldados alemanes conocían a los infantes galos como *Rothosen* (pantalón rojo)[9]. No obstante, y pese a lo inadecuado del uniforme, es un aspecto que se ha exagerado en las publicaciones. La enormidad de bajas sufridas por Francia en verano no se debieron tanto al uniforme como a las tácticas ofensivas y al tipo de guerra abierta que se luchó. El *Armée de terre* no buscaba en verano de 1914 vencer con tácticas de infiltración o emboscadas, sino dirigirse directamente hacia el enemigo en masa, corriendo y maniobrando como se había hecho en el último siglo. Si confiamos en las palabras de un joven Erwin Rommel, los campos no segados podían esconder de forma completa a un hombre, por tanto, lo único que se veían eran las marmitas que los franceses transportaban en lo alto de sus mochilas[10]. No obstante, las relucientes tonalidades se fueron perdiendo debido al polvo, la suciedad y el desgaste continuado, como bien apreciaría el oficial de enlace británico Edward Spears en sus memorias.

Sin embargo, la literatura militar clásica casi nunca pone el foco en el material del que estaban fabricados. Tanto el chaquetón como los pantalones eran de lana; teniendo en cuenta el calor del verano, se puede comprender el sufrimiento de quien lo portaba. En agosto-septiembre también llovió, lo que incrementó notablemente el peso que portaban los soldados, peso que se unía a los 30 kg. que ya transportaba el infante con todos los enseres y armas.

De Alemania se pensaba que tenía el mejor ejército de Europa. La filosofía militar prusiana embaucó a unos y asustó a otros. Conociendo la posición de debilidad que le daba estar en el centro de Europa, rodeada de potenciales enemigos, la infantería alemana surgió como una tropa de primera clase entrenada por y para la guerra. En tiempos de paz Alemania contaba con 218 regimientos en activo, 113 de reserva y 96 regimientos de Landwehr (territoriales)[11]. El ejército de primera línea superaba a Francia en nada menos que 43 regimientos en activo; no obstante, en unidades de reserva, la política gala de reservistas era más eficiente que la alemana, lo que aportó una gran masa de reemplazos.

8 Sumner, 1995, p. 14; Le Naour, 2012, p. 244.
9 Blond, 2017, p. 39; Wedelman, 1971, p. 180.
10 Rommel, 2010, p. 41, 43-44. [Versión electrónica].
11 Fosten & Marrion, 1997, p. 8.

tripa_LA_BATALLA_DEL_MARNE.indd 21 02.02.22 17:46

En total, los hombres del Kaiser sumaban un ejército de 840.000 soldados, que aumentarían a 2.292.000 firmada la movilización[12]. Los soldados disponibles en tiempo de paz se dividían según su procedencia. Por ejemplo, 655.200 provendrían de Prusia (78 %), 92.400 de Baviera (11 %), 58.800 de Sajonia (7 %) y 33.600 de Württemberg (4 %)[13].

El aspecto típico del soldado alemán en la Campaña del Marne destacaba primero por su prenda de cabeza: el *pickelhauben*, el casco típico prusiano fabricado en cuero y en algunos casos en metal. Lo más llamativo era el pico que ascendía desde el centro de este y que identificaba a las diferentes unidades: picudo de infantería, plumado de caballería y cilíndrico de artillería. El soldado alemán llevaba siempre consigo la gorra sin visera conocida de modo coloquial como *Krätzchen*. El uniforme constaba de guerrera y pantalones de lana M1907/10 en tonalidad *feldgrau* (gris de campo) y cartucheras M1893[14]. En cuanto al calzado, el infante portaba las botas de caña alta M1866. El perfil se completaba con la mochila M1897 en que se guardaban los enseres básicos y una *feldspaten*, pala corta para cavar y construir fortificaciones. Otras formaciones, como los de *Jäger*, compartían uniforme cambiando solo la prenda de cabeza, estos por ejemplo llevaban un *shako* que compartían con los servidores de ametralladoras y el *Landwehr*.

La homogenización en el ejército alemán era, comparada con la francesa, de un nivel notablemente alto. Los suboficiales vestían y se equipaban de igual manera que la tropa, aunque con sus respectivas distinciones de rango. En cuanto a los oficiales, el esquema se repetía, su armamento se limitaba a una pistola Luger P08 y un sable de infantería M1889. Aparte de las distinciones, los oficiales calzaban botas de cuero dotadas de hebilla para una mejor sujeción. Era un calzado muy al estilo del utilizado en la caballería[15].

En todo este juego de grandes ejércitos llama la atención el papel que jugó Inglaterra. El Imperio Británico no entró en la dinámica de construir poderosas fuerzas terrestres, se bastó con una enorme flota, tropas coloniales y un modesto ejército regular, aunque muy profesional. Gran Bretaña disponía de 400.000 hombres en el ejército regular, repartidos por todos sus dominios, que formaban 157 batallones de infantería de línea que se traducían en 78 regimientos en activo (dos batallones formaban un regimiento). Del capital humano disponible, 74 de los 157 batallones se ubicaban fuera de las islas británicas en destinos de lo más dispares[16]. La BEF (*British Expeditionary Force*) contaría con seis divisiones de infantería, lo que era una gota de agua en el océano en números, pero un gran activo cualitativo y moral.

La infantería británica era, de las tres, la que más experiencia albergaba debido a los conflictos luchados en Sudáfrica contra los Boers. De este enfrentamiento nació un nuevo infante preparado para los conflictos modernos. El soldado inglés se equipaba con una gorra de plato M1905[17], guerrera y pantalones de color kaki M1902, correas

12 Hart, 2013, p. 65.

13 Thomas, 2003, p. 3.

14 Aliados también reconocerían a sus adversarios por los colores del uniforme, el término «feldgrau» fue usado de forma habitual para referirse al infante alemán entre la soldadesca.

15 Ibíd., p. 44-45.

16 Tucker (Ed.), 2014, p. 696.

17 Brown, 2016, p. 11; Chappell, 2000, p. 7-11.

tripa_LA_BATALLA_DEL_MARNE.indd 22 02.02.22 17:46

de cuero M1908 (después sustituidas por la modelo M1914), bandoleras M1903 y, para finalizar, una mochila que se diferenciaba del resto por estar fabricada por completo de lona, más cómoda que los modelos francoalemanes que necesitaban de estructuras de madera para sustentarse. El soldado calzaba desde ese año las botas B5. De caña corta, obligaba al combatiente a utilizar unas polainas de tipo vendaje que se colocaban por encima de los tobillos. Este elemento, fuerte, se usaba para evitar el desgaste y proteger las piernas de los soldados de las rozaduras. El patrón se repetía en todas las unidades. La excepción la marcaban las tropas escocesas de los *Gordon Highlanders* (escoceses) que vestían el mítico *Kilt* adaptado a las necesidades militares. Además de sus faldas, al continente llevaron también sus famosas gaitas.

Los oficiales, como en el caso germano, vestían a lo soldado. Aparte de los distintivos del rango, el oficial británico calzaba mejores botas y se equipaba con el famoso revólver Webley Mk IV o V y un sable M1897. El arma blanca era algo simbólico del escalafón, no tenía una utilidad militar evidente más allá de blandirla durante los ataques para arengar a las tropas. El revólver en todos los casos era un arma de defensa personal, pero de igual manera se utilizaba para arengar a las tropas a seguir adelante, o, por el contrario, amenazarlas en caso de que no quisieran avanzar o se retiraran sin permiso. Con el inicio de la guerra de trincheras el sable acabaría abandonándose[18].

El componente que más destacaba de todo el conjunto era sin duda el color kaki de los uniformes británicos. Un color que después del conflicto se hizo mayoritario en todos los ejércitos en diferentes tonalidades. Un soldado alemán llamado Paul Hub reconoció la capacidad del camuflaje británico en una carta a su novia: «El color de los uniformes británicos es más apropiado para el terreno que el nuestro. Es una especie de color marrón verdoso, un color sucio. Eso es una ventaja, a pesar de que nosotros vayamos a ganar»[19]. Es cuanto menos curioso que un húsar británico entrevistado por el reportero Mr. W. T. Massey llegara a una conclusión contraria: «el uniforme de campaña alemán era muy difícil de distinguir a largas distancias, ni aún con gemelos de campaña. […] El kaki se destacaba bastante del verde del paisaje francés»[20].

Respecto al armamento, la infantería se equipaba con rifles de cerrojo: el Lebel M1886/93 francés, el *Gewehr* M1898 alemán o el Lee-Enfield Mk. III británico. El fusil francés era ya un arma obsolescente cuando empezó el conflicto, pero seguiría utilizándose hasta el final de la guerra. El Lebel fue el primer rifle de infantería en utilizar pólvora sin humo, lo que hacía que el tirador no revelara su posición al efectuar un disparo. Fabricado en gran calidad, fue un fusil fiable, resistente y robusto, aunque algo pesado. No utilizaba peines para la recarga, sino que había que introducir un cartucho tras otro hasta llegar a la cifra de nueve. Evidentemente, este proceso era lento comparado con las otras dos armas citadas. El Gewehr alemán era por igual de gran calidad, mejor recarga y moderno. La casa Mauser diseñaría y produciría algunos de los rifles de cerrojo más conocidos y usados de la historia militar. Tanto del rifle galo como del germano se ha criticado que eran largos en exceso para la guerra de trincheras. Cabe decir, sin embargo,

18 Pegler, 1996, p. 18.

19 Testimonio recogido en el documental «Bajo la sombra del águila», min. 31.

20 Ingpen, s/f, p. 118-119.

tripa_LA_BATALLA_DEL_MARNE.indd 23 02.02.22 17:46

que los mandos de uno y otro lado no previeron ni quisieron un tipo de guerra estática como la que se desarrollaría a partir del otoño[21].

El Lee-Enfield Mk. III era el mejor rifle de los presentes en el Oeste en 1914. Corto, muy manejable y, sobre todo, rápido al disparar. El fusilero inglés equipado con esta arma dejó una huella imborrable en la memoria de los que lo usaron y de los que lo padecieron, como se verá. En 1346, durante la batalla de Crécy, los arqueros largos ingleses disparaban cerca de doce flechas por minuto. Casi 600 años después, el fusilero inglés tenía un arma que lanzaba quince proyectiles por minuto[22]. La infantería británica realizaba en tiempos de paz un ejercicio de tiro denominado *Mad minute* (Minuto loco) que consistía en acertar quince proyectiles a una pequeña diana a 270 metros de distancia. Consiguieran o no mucha puntuación en el ejercicio, el soldado aprendía a realizar un fuego rápido que creaba una barrera de fuego infranqueable.

	Ejércitos	Cuerpos	Divisiones (Reserva)	Regimientos	Batallones	TOTAL
FR.	5 [luego 9]	21	46 (25)	173 (173) + 145 Terr.	1.473	**2.944.000**
AL.	8	35	58 (29)	218 (113) + 96 Land.	1.281	**2.292.000**
BEF	1	3	6	26	52	**132.000/150.000**

Tabla 1. Efectivos aproximados de los países contendientes en el momento de la movilización.

Las ametralladoras ya habían debutado en otros conflictos a lo largo y ancho de todo el globo, pero es en el oeste europeo donde aparecieron de manera masificada. Alemanes y británicos no se complicaron y adoptaron el diseño de Hiram Maxim que dio lugar a la MG08 y a la Vickers M1912 respectivamente. Francia dispuso de dos diseños nacionales, la St. Étienne M1907 y la Hotchkiss M1914[23]. Estas armas se alimentaban mediante largas cintas o peines metálicos produciendo que su valor militar fuera el de varias decenas de soldados equipados con rifles, «la esencia de la infantería concentrada». En el caso de las Maxim, su sistema de refrigeración por agua permitía que dispararan sin interrupción durante horas si disponían de un buen mantenimiento. Los modelos franceses no tenían esta capacidad, pero no dependían de la existencia de agua para funcionar y eran igual o más robustas.

La ametralladora era por peso y composición un arma defensiva. Por lo normal eran desplegadas en las líneas para rechazar los asaltos enemigos, aunque también podían acompañar a la infantería que avanzaba en ocasiones puntuales. La efectividad de estas máquinas no debe ser puesta en duda, de nada vale compararlas con las armas actuales. En su tiempo fueron la culminación de un diseño mecánico que llevaba en evolución en

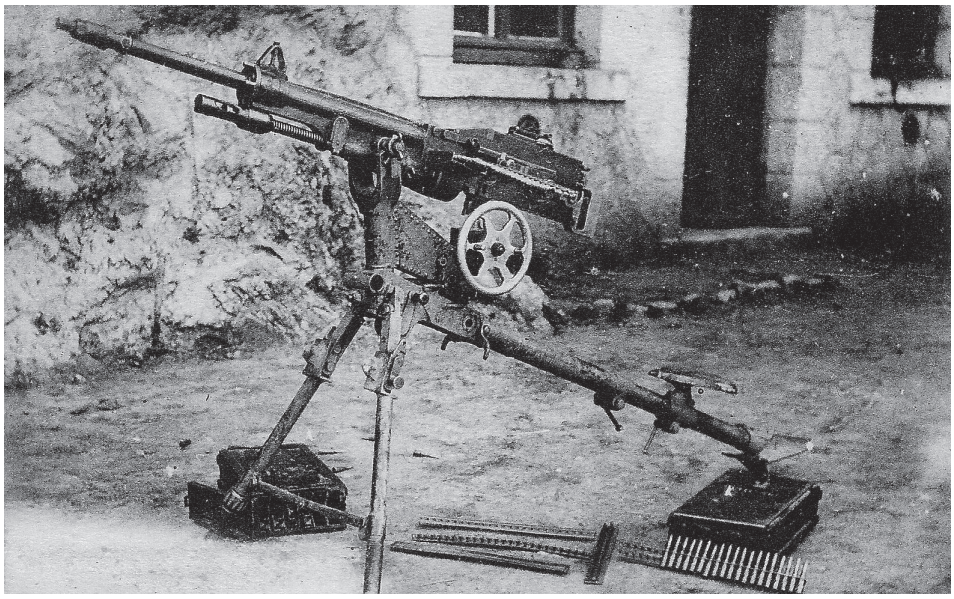
21 VV. AA, Máquinas de Guerra n.º 86: *Fusiles de la Primera Guerra Mundial* (1984), p. 1702, 1707, 1712.

22 Lomas, 2001, p. 72-73.

23 VV. AA, Máquinas de guerra n.º 97: *ametralladoras de la Primera Guerra Mundial* (1984), p. 1922-1923, 1926, 1928, 1939.

tripa_LA_BATALLA_DEL_MARNE.indd 24 02.02.22 17:46

diferentes formas desde mediados del siglo XIX. La documentación y testimonios del periodo están llenos de menciones a estas armas que provocaban pavor en los soldados, incluso el fuego de las ametralladoras amigas hacia perder los estribos a los combatientes por el incesante ruido. El capitán Walter Bloem, del 12.º RI (2.º Brandeburgo) de Granaderos *Príncipe Carl de Prusia*, recordaba la experiencia con estas armas: «Huitt, huitt, srr, srr, srr! Alrededor de nuestros oídos, lejos al frente un sonido de martilleo rápido y agudo, luego una pausa, luego más martilleo rápido – ametralladoras»[24].



Ametralladora francesa St. Etienne M1907. © Colección del autor

Se ha querido minusvalorar el uso de la ametralladora por el ejército francés, pero no es cierto. Francia, al igual que Alemania y Reino Unido, usaron la ametralladora de forma extendida. Una vez más, la documentación y memorias sirven para conocer este detalle. El soldado de caballería Christian Mallet, del 22.º RD, al perder su escuadrón las ametralladoras, atascadas en unas marismas, recordó el momento con abatimiento: «Todavía escucho las palabras: atascadas, atascadas … […] Todos los hombres se entristecen al sentir que las ametralladoras están perdidas, abandonadas en los pantanos»[25]. En otro caso, en un ataque realizado por un destacamento de caballería de la 5.ª DC del general Bridoux a un convoy alemán, las ametralladoras del comandante Joullié dispararon desde muy lejos, pero aun así «causó grandes problemas y desorden» en el convoy enemigo[26]. Un anónimo suboficial alemán de la 21.ª DI, IV Ejército, escribió su experiencia al enfrentarse a las máquinas galas:

24 Bloem, 2020, p. 56.
25 Mallet, 1916, p. 60.
26 Pelecier, 1921, p. 40.

tripa_LA_BATALLA_DEL_MARNE.indd 25 02.02.22 17:46